



N. Ter-Grigorian de Demianiuk

**¿Por qué Dios del Antiguo Testamento
se llama a sí mismo Dios de Abrahán, Dios
de Isaac y Dios de Jacob?**

Buenos Aires 2017

Ed. el. "Credo"

ISBN 978-987-45821-3-3

Natalia Ter-Grigorian de Demianiuk

¿Por qué Dios del Antiguo Testamento
se llama a sí mismo Dios de Abrahán,
Dios de Isaac y Dios de Jacob?

Observaciones bíblicas



Buenos Aires 2017, ed. electrónica “Credo”

Ter-Grigorian de Demianiuk, Natalia
¿Por qué Dios del Antiguo Testamento se llama a sí mismo Dios de Abrahán, Dios de Isaac y Dios de Jacob? : observaciones bíblicas / Natalia Ter-Grigorian de Demianiuk. - 1a edición especial. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Credo, 2017.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-45821-3-3

1. Teología . 2. Estudios Bíblicos. I. Título.
CDD 220.07

Como manifiesta el título de este artículo, su objetivo es la observación del significado de la autodefinición de Dios como Dios de Abrahán, Dios de Isaac y Dios de Jacob, la que, lamentablemente, se entiende en sentido vicioso, pues, tanto antes como ahora, los libros del Antiguo Testamento se consideran, según el ego del hombre y no desde el punto de vista de su sentido interior. Mientras tanto esa autodefinición revela la unidad semántica del Antiguo y del Nuevo Testamento, la que, además, fue indicada por Jesucristo diciendo: “Vosotros investigáis las escrituras, ya que creéis tener en ellas vida eterna; ellas son las que dan testimonio de mí” (Jn 5: 39).

¿Por qué Dios del Antiguo Testamento se llama a sí Mismo Dios de Abrahán, Dios de Isaac y Dios de Jacob?

“Vosotros investigáis las escrituras, ya que creéis tener en ellas vida eterna; ellas son las que dan testimonio de mí” (Jn 5: 39)

“El Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob (...). Este es mi nombre para siempre, por él será invocado de generación en generación” (Ex 3: 15) – así Dios quiere que lo llamen y recuerden las generaciones a lo largo de los tiempos del Antiguo Testamento – aquél Dios de Quién el Deuteronomio dice:

“(…) todos sus caminos son justicia. Es Dios de la lealtad, no de perfidia, es justo y recto.”(Dt 32: 3-4)

Pero hay quienes se preguntan: ¿por qué Dios justo y recto define a sí mismo con los nombres de estos tres patriarcas bíblicos, cuyo comportamiento engañoso a veces hace dudar en su justicia y hasta contradice a los preceptos del Creador?

¿Por qué se define con el nombre de Abrahán, quien se casó con su hermana Sara cuando la Ley de Dios dice: *“No descubrirás la desnudez de tu hermana, hija de tu padre o hija de tu madre, nacida en casa o fuera de ella.”* (Lev 18: 9); *“Ni descubrirás la desnudez de la hija de la mujer de tu padre, engendrada de tu padre, que es tu hermana.”* (Lev 18: 11); o *“Maldito quien se acueste con su hermana, hija de su padre o hija de su madre. - Y todo el pueblo dirá: Amén.”* (Dt 27: 22); y que, además de eso, para su propia salvación ocultó, que Sara era su mujer y dos veces la entregó primero al faraón y después al rey de Guerar que querían casarse con ella?

¿Por qué se define con el nombre de Isaac que fue sólo uno de los ocho hijos de Abrahán y que, además, se portó con su mujer Rebeca del mismo modo ilícito desde el punto de vista de la Ley, que Abrahán con Sarah?

¿Por qué de los dos gemelos de Isaac – Esaú y Jacob - Dios destacó sólo a Jacob, cuando este engaño a su padre Isaac para obtener su bendición reservada para Esau y, además, estuvo casado con dos hermanas al mismo tiempo, cuando la Ley dice: *“No tomarás a una mujer juntamente con su hermana, haciéndola rival de ella y descubriendo su desnudez mientras viva la primera.”* (Lv 18: 18)?

¿Por qué, en fin, el Génesis lo llama a Isaac *hijo “único”* de Abrahán (Gen 22: 16) y el apóstol Pablo lo designa como *“unigénito”* (Hb 11: 17), cuando, como dije, Abrahán tenía también a Ismael de Agar y a los hijos de Queturá (Gen 25: 1-6)?

Ciertamente, si consideramos la Biblia desde el punto de vista literal, Dios nos parecerá injusto, inconsecuente y contradictorio.

Pero Aquel Quien con su Palabra de nada creó toda la construcción majestuosa del universo con la concordancia esbelta de sus integrantes, superior a las fuerzas del hombre, no puede ser injusto, no puede ser inconsecuente, no puede contradecirse a sí mismo y no puede cambiarse.

“(…) Yo, Yahveh, no cambio (...) (Mal 3: 6),

dice Él por la boca del profeta Malaquías atestiguando así la constancia inalterable de su pensamiento y de sus decisiones.

Naturalmente, no podría Dios justo legar su tierra a los injustos. Más bien somos nosotros los que malinterpretamos su Palabra transmitida en forma de proverbios que representan aquel lenguaje especial con el cual Dios habla con sus hijos, probándolos a la vez. Para persuadirnos de esto consideremos a los tres patriarcas separadamente.

Criptografía del relato bíblico sobre Abrahán

Lo que el relato bíblico sobre Abrahán no se debe entender en el sentido literal, muestran antes de todo las siguientes palabras del apóstol Pablo:

“Pues dice la Escritura que Abraham tuvo dos hijos: uno de la esclava y otro de la libre. Pero el de la esclava nació según la naturaleza; el de la libre, en virtud de la Promesa. **Hay en ello una alegoría: estas mujeres representan dos alianzas**; la primera, la del monte Sinaí, madre de los esclavos, es Agar, (pues el monte Sinaí está en Arabia) y corresponde a la Jerusalén actual, que es esclava, y lo mismo sus hijos. Pero la Jerusalén de arriba es libre; ésta es nuestra madre, pues dice la Escritura: Regocíjate estéril, la que no das hijos; rompe en gritos de júbilo, la que no conoces los dolores de parto, que más son los hijos de la abandonada que los de la casada” (Gal 4: 22-27; Is 54: 1)

Lo dicho nos asegura que tampoco a Agar y a Sarah podemos considerar en el sentido común, ya que representan dos épocas y dos estados del hombre. Se comparan con dos alianzas: Agar personifica la alianza del Antiguo Testamento, porque se vincula con el monte Sinaí, del cual esta alianza fue dada a los israelitas, y se identifica con Jerusalén actual, mientras que Sarah personifica la alianza del Nuevo Testamento, pues representa “la Jerusalén de arriba”, es decir, la celestial que es la madre eviterna de toda la creación. Eso significa que Agar y Sarah, igual que sus hijos, están separadas en el tiempo y en el espacio espiritual. En otros términos, ellas representan figuras de dos realidades: la terrestre y la celeste, la temporal y la eterna. Por eso Agar y Sarah no pertenecen al pasado, sino están presentes en todos los tiempos.

Agar representa la realidad terrestre y es esclava de la naturaleza. Por eso sus hijos “nacieron según la naturaleza”, es decir, son frutos de la copulación carnal, por lo que ellos, igual que su madre, son esclavos de la naturaleza carnal. Los simboliza “la Jerusalén actual” que representa al mundo actual. [Podemos suponer que lo dicho atañe también a la tercera *mujer* de Abrahán, Queturá (Gen 25: 1), la que en otro lugar se define como su “*concubina*”. (1Cr 1: 32). Pero si la descendencia de Agar lleva un carácter colectivo, la de Queturá, quizás, debería representar la descendencia carnal de Abrahán.]

En cuanto a Sarah es un ser absolutamente distinto. Ella es “*libre*”, es decir, es libre de la adhesión a la naturaleza carnal y no da a luz según esta, porque es estéril, tanto que el apóstol la compara con la “*abandonada*”, es decir, con la que no tiene marido (Gal 4: 27), aunque por el sentido literal ella lo tiene y es Abrahán. No obstante el Señor dice de ella a Abrahán:

“Yo la bendeciré, y de ella también te daré un hijo. La bendeciré, y se convertirá en naciones; reyes de pueblos procederán de ella.” (Gen 17: 16)

Notemos que cuando el Señor dice: “te daré”, habla de su propio “lazo matrimonial” con el hombre – en este caso con Abrahán a través de Sarah que como su mujer forma una “carne” con él, ya que de los cónyuges en el Génesis se dice:

“(…) se une a su mujer, y se hacen una sola carne.” (Gen 2: 24)

Aquí bajo la carne hay que entender al alma unida con el Espíritu Santo de Dios que es la condición para que el hombre adquiriera la imagen y semejanza del Señor – la causa de su creación. Esa unión en la Sagrada Escritura se llama “matrimonio” del hombre con Dios. Lo afirma directamente el profeta Isaías, cuando dice al hombre:

“(…) tu esposo es tu Hacedor, Yahveh Sebaot es su nombre (…)” (Is 54: 5)

Todo lo dicho nos ayuda a entender que la estéril Sarah representaba la imagen del Espíritu Santo, impopular en la tierra, y por eso se compara con la “*abandonada*”, es decir, con la inútil a los ojos de los terrenales, porque su fruto no es del mundo actual, pues no fue engendrado por el hombre, sino fue engendrado por la Palabra de Dios y representa la encarnación divina. Imposible no advertir que en el relato sobre el nacimiento de Isaac por Sarah se anticipa el nacimiento del Hijo de Dios por la Santa María, que estuvo en la carne, pero libre de la esclavitud carnal. Así que las palabras de Sarah, referidas a Agar y a su hijo Ismael:

«Despide a esa criada y a su hijo, pues no va a heredar el hijo de esa criada juntamente con mi hijo, con Isaac.» (Gen 21: 10)

en realidad, anuncian tanto el futuro evangelio de Dios como el establecimiento de su Reino, cuando ya no habrá ninguna generación de los esclavos de la carne, es decir, cuando la misma carne será sacada del alma viva de los hijos de Dios, porque, como dijo el apóstol Pablo, la carne y la sangre no heredarán el Reino de Dios. (1Cor 15: 50)

Pero en el tiempo Agar precede a Sarah, pues, como explica el mismo apóstol,

“(…) no es lo espiritual lo que primero aparece, sino lo natural; luego, lo espiritual. El primer hombre, s^oalido de la tierra, es terreno; el segundo, viene del cielo.” (1 Cor 15: 46-47)

Eso quiere decir, que antes aparece lo carnal y después lo espiritual. El mundo carnal, que es el mundo de Agar, el apóstol lo define como el mundo de la infancia de la humanidad, mientras que respecto al mundo de Sarah declara que representa la “plenitud de los tiempos”. Y estos, como sabemos, se manifestaron con la llegada en la carne del Hijo unigénito de Dios.

“(…) nosotros, cuando éramos menores de edad,” dice, “vivíamos como esclavos bajo los elementos del mundo. Pero, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva.” (Gal 4: 3-5)

Entonces, bajo Abrahán -, cuyas “mujeres” en el cierto sentido personifican “el siglo actual, o el siglo de los tiempos (en el que el hombre vive “*como esclavo bajo los elementos del mundo*”), y el siglo venidero, o eterno (en el que el hombre es liberado de la esclavitud carnal), - se entiende la imagen y semejanza de Dios o Adán nuevo, más precisamente, el comienzo de su restauración como la Gloria de Dios.

Adán primogénito junto con Eva, su esposa, como se sabe, cayeron en la tentación y perdieron la imagen primordial habiendo adquirido en cambio las figuras de la creatura cuya palabra prefirieron a la palabra de Dios. Ellos, según el apóstol Pablo,

“cambiaron la gloria del Dios incorruptible por una representación en forma de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos, de reptiles.” (Rom 1: 23)

con lo que provocaron incontables desgracias en la Creación. Pero Dios que no abandona a su creatura, empezó la obra de su reestablecimiento y lo hizo justamente a través de Abrahán a quién presentó como “*Abrám el hebreo*”. (Gen 14: 13)

Prestemos atención al hecho que el Señor marca, que Abrám era *hebreo*. Para entender, por qué lo hace y que quiere decir con eso, tendremos que desviarnos un poco del tema y ver, quiénes son *hebreos*, según la Sagrada Escritura.

Los hebreos bíblicos o a quienes la Sagrada Escritura se refiere bajo los hebreos

La Biblia nos presenta a los *hebreos* como hijos de *Heber* (o *Eber*) que era uno de los descendientes de Sem. (Gen, cap-s.10 y 11) A pesar de no ser *Heber* el único descendiente de Sem, el Génesis en una ocasión lo define a Sem como el “*padre de todos los hijos de Heber*” (Gen 10: 21) habiéndolo destacado así de entre otros sus descendientes. Pero, sorprendentemente, no explica la causa de tal distinción y, además, no habla más de él. Naturalmente surge la pregunta: ¿Qué fue que afamó tanto a *Heber*? Por qué de todos los descendientes de Sem anteriores a Abrahán la Sagrada Escritura destaca precisamente a él y por qué la Biblia se abstiene de hablar de él con más detalles?

Se supone, que vivía en los tiempos de la Confusión de Babel. En el texto del capítulo 11 del Génesis, después del relato referido a este memorable acontecimiento, aparece la genealogía de Sem y luego inmediatamente se comienza el relato sobre *Abram* (*Abrahán*). En la genealogía de Sem *Heber* ocupa el cuarto lugar. Eso es todo o casi todo que nos cuenta de él la Sagrada Escritura en la forma en la que ha llegado hacia nosotros, metiéndonos, así, en el terreno de las suposiciones y conjeturas respecto a *Heber*. La Enciclopedia electrónica hebrea vincula el nombre *Heber* con el verbo “*habaru*”, al que explica como “*emigrar*”, “*ser forastero*”, “*ser bandolero*”.

Los investigadores bíblicos que consideran la Biblia principalmente desde el punto de vista histórico, hacen suposiciones respecto a los países de donde y a donde podría emigrar *Heber*.

Pero viendo en la misma una escritura sagrada y no una obra histórica, intentémoslo considerar a *Heber* partiendo de lo que sabemos. Para esto antes de todo comparemos las genealogías del padre a hijo de todos los tres hijos de Noé, seguramente, extraídas del Génesis, pero halladas en el siglo V por Moisés de Jorén, el padre de la historiografía Armenia, las que he presentado en varias de mis obras. ¿Por qué acudo precisamente a esta fuente y no a la bíblica? Es que las tres genealogías presentadas en el capítulo 10 del Génesis, sólo enumeran a sus representantes sin orden alguno. La única genealogía ordenada del padre al hijo es la de Sem del capítulo 11 del mismo Génesis, en el cual, sin embargo, las de Can y Jafet están ausentes. Pero al comparar las genealogías bíblicas de Sem del capítulo 10 y del capítulo 11 del Génesis descubrimos que las mismas no coinciden en todo una con otra. Por ejemplo, si, según la genealogía de Sem del capítulo 10, *Aram* es uno de los descendientes de Sem, en la genealogía de Sem del capítulo 11 *Aram* no figura. Y no sólo él. Mientras tanto esa divergencia se resuelve únicamente por el hallazgo de Moisés de Jorén, en el cual la genealogía de Sem plenamente coincide con su genealogía del capítulo 11 del Génesis, y las genealogías de Can y Jafet presentadas del padre al hijo llenan el vacío que encontramos respecto a ellos en el Génesis. Al comparar las tres genealogías vemos el siguiente cuadro:

<i>Sem</i>	<i>Can</i>	<i>Jafet</i>
<i>Arpacsad</i>	<i>Cus</i>	<i>Gomer</i>
<i>Cainán (Quenan)</i>	<i>Misráyim</i>	<i>Tiras</i>
<i>Sélaj</i>	<i>Nemrod</i>	<i>Togarma</i>
<i>Heber</i>	<i>Bab</i>	<i>Hayk(Orión, Ariel)</i>
<i>Péleg</i>	<i>Anebis</i>	<i>Aramaniak</i>
<i>Reú</i>	<i>Arbel</i>	<i>Aramais</i>
<i>Serug</i>	<i>Hayal</i>	<i>Amasia</i>
<i>Najor</i>	<i>¿Arbel (otro)?</i>	<i>Guelam</i>
<i>Teraj</i>	<i>Nin</i>	<i>Harma</i>
<i>Abram</i>	<i>Ninive</i>	<i>Aram</i>

Lo que a primera vista nos impacta es el número igual de los descendientes de todos los tres hijos de Noé y dos interesantes coincidencias que arrojan luz no sólo sobre la personalidad de *Heber*, sino también sobre el ser arameo de *Abram*.

Como ya he escrito en otras ocasiones, el hombre propiamente dicho es sólo Sem, mientras que Can y Jafet son espíritus que luchan por él. De los descendientes de Can a *Heber* le corresponde *Bab* (que también se llama *Bel*), el espíritu que rige en la Babilonia y la representa. Lo atestigua el mismo nombre *Bab* que yace en la raíz del nombre de *Babilonia*. Y de los hijos de Jafet a *Heber* le corresponde *Hayk*, el son armenio de *Orión* griego-latino que en la Sagrada Escritura representa a la *estrella matutina*.¹ Según la legenda armenia, que cita el mismo historiadore, *Hayk/Orión* es aquel, quién saca a su gente de la Babilonia al monte Ararat que es el monte de Dios. Ya había escrito antes, que esa leyenda, en realidad, no es un relato histórico, como suele pensar, sino es un relato escatológico, sin duda, también extraído de la Biblia, pues nos recuerda a la parábola bíblica referida a la salvación de los hijos de Dios – una parábola que no tiene tiempo, es decir, se refiere a todos los tiempos a la vez, igual que todas las parábolas de la Sagrada Escritura.²

Las actuaciones de *Hayk/Orión* en ella son idénticas a las de *Yahveh* del Antiguo Testamento y de *Jesucristo* del Nuevo Testamento, los que sacan a los suyos ora de Egipto, ora de la Babilonia, o, diciendo de otra manera, del mundo actual, es decir, del mundo del pecado hacia el Reino de Dios. Para que no tengamos duda en esto, sería suficiente recordar aunque sólo las siguientes comunicaciones de los dos Testamentos de la Biblia. Así, Yahve dice a sus Hijos:

“¡Apartaos, apartaos, salid de allí! ¡Cosa impura no toquéis! ¡Salid de en medio de ella, manteneos limpios, portadores del ajuar de Yahveh! Pues sin prisa habréis de salir, no iréis a la desbandada, que va al frente de vosotros Yahveh, y os cierra la retaguardia el Dios de Israel.” (Is 52: 11-12)

Exactamente de la misma manera Jesucristo saca a los suyos de la Babilonia diciéndoles:

“Salid de ella, pueblo mío, no sea que os hagáis cómplices de sus pecados y os alcancen sus plagas. Porque sus pecados se han amontonado hasta el cielo y Dios se ha acordado de sus iniquidades.” (Ap 18: 4-5)

1. Para más detalles véase el capítulo “De la triplicidad del hombre” de mi libro “Los seis días de la creación y el Día séptimo”, Bs.As. 2013, - Lb.2, Pte 1, cap.2.

2. Ibid

Aquí el texto se refiere a la “gran ramera” bajo la cual se entiende el espíritu que gobierna en la Babilonia y al cual Jesucristo finalmente lo echa en la guehenna de fuego.

Este hecho de su destrucción en la leyenda Armenia se presenta como la muerte de *Bel/Bab* de la mano de *Hayk*. Este acontecimiento, como lo sabemos del Apocalipsis de Juan, señala el fin de los tiempos y el comienzo del eterno Día de Dios. Con todo, si, según la leyenda, *Hayk* lleva a los suyos al monte Ararat, *Jesucristo*, según el Apocalipsis de Juan, los conduce hacia el Reino de Dios, es decir, al mismo lugar, pues el sentido alegórico del monte Ararat como el monte bíblico de Dios corresponde justamente al Reino de Dios. Y lo que *Hayk* legendario representa al Espíritu Santo de Yahve/Jesucristo, nos muestra la autodefinición de Jesús que se identificó como el *lucero radiante del alba*, o *la estrella matutina*, es decir, del mismo modo, del cual la Biblia define a *Hayk/Orión*:

“(…) Yo soy”, declara Él, “el Retoño y el descendiente de David, el Lucero radiante del alba.” (Ap 22: 16)

Entonces, a la pregunta, quién era *Heber*, podemos contestar, que *Heber* era aquel, a quién *Hayk/Orión* (o *Yahve* bíblico) sacó de la Babilonia y llevó al monte de Dios. Diciendo de otra manera, *Heber* es aquel quién se conduce por el Espíritu Santo de Dios y quien, según la parábola bíblica, fue llevado al mundo *de arriba*, es decir, al mundo del Espíritu Divino, que en la Sagrada Escritura tiene varios nombres: Ararat, Jerusalén celestial, paraíso, Israel, Sión, Reino de Dios. Al mismo mundo *de arriba* se refería Jesús, cuando, al enseñar en el templo, dijo:

“Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo.” (Jn 8: 23)

Así, si los *hebreos bíblicos* son los descendientes de *Heber*, entonces todo lo que es propio a *Heber*, debe ser propio también a los *hebreos*, es decir, debe referirse al mundo superior que es espiritual, o al mundo de los cielos y no al mundo natural.

Lo que el concepto bíblico del *hebreo* está vinculado con la adoración de Dios de los cielos, atestigua a su vez, tal vez, **la única definición de los *hebreos* en la Sagrada Biblia, pronunciada por el profeta Jonás:**

“(…) «Soy hebreo y temo a **Yahveh, Dios del cielo**, que hizo el mar y la tierra.»” (Jonás 1: 9)

La llamada de Abrahán

Ahora volvamos a nuestro tema principal y notemos que el Señor llamó a *Abrám*, el descendiente de *Heber*, a bajar al mundo de los cananeos (Gen 14: 13) precisamente del mundo de arriba, que en las partes más antiguas de la Biblia se simboliza por el monte Ararat, ya que, como lo puede ver cualquier estudioso imparcial, tanto Ur (Urartu) de los caldeos como también Harran, en realidad, se encontraban en la meseta de Ararat y no en la depresión del golfo Pérsico).³

Lo que el concepto *Heber* o los *hebreos* bíblicos indica al *morador del mundo de arriba*, muestra también el cuadro etimológico de su raíz, detalladamente presentado

3. Para más detalles véase el capítulo “Ur de los caldeos” de la misma obra “Los seis días de la creación y el Día séptimo”, Bs.As. 2013, - L.3, P.2, cap.2.

por mí en el libro “Los seis días de la Creación y el Día Séptimo”.⁴ Según la conclusión hecha en ella, los nombres *Heber* o *hebreo* apuntan a *la hermandad espiritual de las personas que se unen por el espíritu de la verdad y de la justicia y a quienes se les ha predestinado llevar a la tierra el pan celestial, o el mensaje de la Vida, o la Palabra de la Vida, - lo mismo que el evangelio.* En otros términos, **los hebreos bíblicos son aquellos que de haber visto con sus ojos interiores el mundo de arriba prefieren renunciar por él todos los bienes terrenales, es decir, cruzan los “desiertos” (en la Biblia) y el “frío atroz” (en la leyenda) sin importar los sufrimientos de su carne.** Se puede decir que son aquellos que “*emigraron*” de la vida carnal a la vida espiritual y constantemente se encuentran en la última. Por eso no es casual que Abram se haya elegido del ambiente de los que en los tiempos de la Confusión de Babel permanecen fieles a Dios. De ahí entendemos también el por qué Abrahán, David y Jesucristo se sentían ajenos en nuestro mundo. A los dos primeros la Biblia los llama *forasteros o extranjeros*.⁵ En cuanto a Jesucristo, Él Mismo se dice que *no es de este mundo*. (Jn 8: 23) La influencia de ellos sobre los descendientes de Adán siempre es espiritual. Y lo que se refiere directamente a Abrahán, se ve que la “meta” de su llamada por Dios consistía en el bajar al mundo de los cananeos y colaborar con su “fertilización” y sanación espiritual.

De las genealogías presentadas arriba se ve, además, que Abrahán llevaba el espíritu de *Aram* que, como resultó, no es el descendiente de Sem, como se cree por equivocación, sino es el descendiente de Jafet. Es por eso que la Biblia no sólo lo llama *hebreo* a Abrahán, sino también “*arameo errante*” (Dt 26: 5)

Sin embargo, en el sentido literal el concepto *hebreo/arameo* se entiende como un concepto racial y por eso genera incertidumbres, pues desde el punto de vista racial es un non-sens, porque no se puede ser hebreo y arameo a la vez. Mientras tanto en el sentido bíblico las mismas definiciones indican que Abrahán fue un “guerrero” de Dios en el mundo cananeo, o en el de los camitas.

Al enviarlo ahí el Señor le dice:

“Vete de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre; y sé tú una bendición. Bendeciré a quienes te bendigan y maldeciré a quienes te maldigan. Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra.”

Y después leemos:

“Marchó, pues, Abram, como se lo había dicho Yahveh (...).” (Gen 12: 1-4)

Significa que Abram sólo por la Palabra de Dios se levantó y abandonó la casa de su padre bajando del mundo de arriba al “país” de los cananeos, o al mundo de los que se conducen por el espíritu de Can, porque, como ya he notado en mis otras obras, Canaán personifica el mundo bajo, donde viven los pecadores. Es un mundo construido sobre la base de los valores carnales y materiales. A este, según la parábola, Abrahán “contrapuso” el mundo espiritual, personificado por los inmensos rebaños que tenía y los que suplían los rebaños de Abel, el “otro” personaje bíblico, amado por Dios que anticipó a Jesucristo. Por eso **en el “monte” del mundo – en Egipto, en Canaán - ,**

4. Véase en los capítulos “De la triplicidad del hombre. Heber, Bab, Hayk (Lb.2, P.1, cap. 2) y “Sobre el significado bíblico de la palabra “hebreo” (Lb.3, P.2, cap. 1)

5. Más detalladamente el asunto fue considerado en mi artículo “La llave bíblica del problema de Dios-hombre y de la Tierra de Dios o una vez más sobre la profecía de Noé”, Bs. As. 2015

donde rige la carne, Abrahán vivió como un forastero, o extranjero, pues pertenecía al mundo de Dios opuesto al mundo terrenal.

El significado del cambio de nombre de Abram y de Saray

La extranjería indicada de Abram se revela también por el cambio de su nombre:

“(…)No te llamarás más Abram, sino que tu nombre será Abraham, pues padre de muchedumbre de pueblos te he constituido.” (Gen 17: 4-5)

Este cambio consistía en el añadir el sonido “h” a la raíz de su nombre. Ese sonido representa una señal que indica la espiritualidad y pertenencia a Dios.⁶ Además, es notable también que lo mismo fuera hecho con Saray, la mujer de Abrahán, de la que Dios le dijo:

“(…) «A Saray, tu mujer, no la llamarás más Saray, sino que su nombre será Sara(h)⁸. Yo la bendeciré, y de ella también te daré un hijo. La bendeciré, y se convertirá en naciones; reyes de pueblos procederán de ella.»” (Gen 17: 15-16) -,

Además, no podría ser de otra manera, porque se trataba de una sola alma. (Gen 2: 24) Así que el cambio no sólo *se refería* al recipiente, sino también al espíritu que llevaba.

Entonces *Abram* se convirtió en *Abrahán* (*Ab- rahan*), es decir, a la segunda raíz de su nombre *-ram/n* – fue incorporado el sonido adicional “h”, mientras que Saray se convirtió en *Sarah* a causa del mismo sonido “h” agregado al nombre en lugar del “y” anterior. En resumidas cuentas la raíz de sus nombres se transformó. En el caso de *Abrahán* resultó ser *rahan* y en el caso de *Sarah*, (s) *arah*. Habiéndolas comparado notamos que en ambos casos tenemos la combinación de los sonidos *rah*, los que, a causa del carácter de las personas consideradas, podemos relacionar con la forma reducida de *ruah* hebreo que significa “*Espíritu de Dios*”. Eso evidencia que **el nombre Abrahán se puede interpretar como el padre espiritual, o el padre de todos los arios, que se definen, a pesar de la creencia habitual, no por la carne, sino por el espíritu que llevan. Y lo que se refiere al nombre Sarah, este, conformemente, debe apuntar a la madre espiritual de todos los pueblos, pues dio a luz, según la palabra de Dios y no según el deseo de la carne que es nada a los ojos de Dios, pues Él encargó gritar al profeta Isaías:**

“(…) **“Toda carne es hierba y todo su esplendor como flor del campo. La flor se marchita, se seca la hierba, en cuanto le dé el viento de Yahveh (pues, cierto, hierba es el pueblo). La hierba se seca, la flor se marchita, mas la palabra de nuestro Dios permanece por siempre.”** (Is 40: 6-8)

Así Dios contrapuso su Palabra a “*toda carne*” sin ninguna excepción, es decir, no destacó ninguna. **Eso significa que, al bendecir la descendencia de Abrahán** (“Por tu descendencia se bendecirán todas las naciones de la tierra» (Gen 22: 18)), **Él no se refiere a la descendencia carnal, que se marchita, como la flor del campo, sino a la descendencia espiritual que es la descendencia de la Palabra de Dios.** Eso mismo marca también el apóstol Pablo, cuando dice:

“(…) no son hijos de Dios los hijos según la carne, sino que los hijos de la promesa se cuentan comodescendencia. Porque éstas son las palabras de la promesa: «Por este tiempo volveré; y Sara tendrá

6. Hablé de esto en mis libros “Ararat enigmático” y “Los seis días de la creación y el Día séptimo”.

un hijo.»” (Rom 9: 8-9)

Por eso el nacimiento de Isaac que se realizó, según la Palabra de Dios, en su esencia era un **presagio** del nacimiento de Jesucristo, el Hijo de Dios. Desde este punto de vista *Abrahán* en la parábola corresponde a Dios y por eso al entregar a *Sarah* al faraón o a Abimélek, el rey de Guerar, (Gen 20) que se admiraron de su belleza, les proponía, en realidad, la belleza del Espíritu Santo en el nombre de su revelación y salvación, pues la creación se revela y se salva sólo al llenarse del Espíritu Santo, sin el cual la imagen de Dios en el hombre se altera y la creación se queda afectada por la muerte. De ahí está claro que de haber declarado a *Sarah* como su hermana, *Abrahán* no miente, pues así muestra que su matrimonio no se trata de la relación carnal con ella. Pero siendo predestinada para revelar a Abrahán a través de su hijo ella fue llamada también su *mujer*.⁷ En cuanto al faraón o el rey de Guerar que estaban acostumbrados pensar y vivir, según los deseos de la carne, apenas no profanaron lo sagrado, aunque sea por la ignorancia, porque la acepción del Espíritu Santo exige muchas renunciaciones a las cuales ellos no estaban preparados. Mientras tanto la semejante profanación, según Jesucristo, lleva a la perdición:

“Y al que diga una palabra contra el Hijo del hombre,” dice Él, “se le perdonará; pero al que la diga contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este mundo ni en el otro.” (Mt 12: 32)

Por eso la causa del susto de ambos reyes que devolvieron a *Sarah* a *Abrahán*, se encontraba en esta verdad eterna. Diciendo de otra manera, simplemente aun no había llegado el tiempo del Nuevo Testamento, o de la nueva alianza.

Abrahán como Adán recuperado

Entonces, podemos concluir que **Abrahán es Adán recuperado y se distingue del último sólo por el hecho que Adán prístino se hizo padre de toda la humanidad, mientras que en Abrahán la misma se divide en los hijos de Dios y en el resto de los hombres que no acepta a Dios como es y, consiguientemente, no puede salvarse. Y no olvidemos que esa división no es según la carne, sino según el alma y el espíritu, pues Dios Quién es espíritu, no mira a lo percedero en el hombre, sino mira a lo eterno. Y el eterno se vincula con la presencia en él del Espíritu Santo de Dios.**

Lo mismo atestigua también el Eclesiástico, cuando al llamar a Abrahán el “*padre insigne de una multitud de naciones*”, añade:

“no se halló quien le igualara en gloria.” (Si 44: 19)

Lo dice igual que antaño, cuando algo semejante había dicho de Adán prístino que fue creado para representar su Gloria: - “(...) mas por encima de toda criatura viviente está Adán.” (Si 49: 18) Pero Eva, su esposa, admitió al espíritu impuro y así causó la caída de Adán. Entonces, de haber notado que no había nadie quien igualase a Abrahán en su gloria, el Eclesiástico se refiere a *Sarah* que representaba al Espíritu Santo, pues, según el apóstol Pablo, “el hombre (...) es imagen y reflejo de Dios; pero la mujer es reflejo del hombre”. (1 Cor 11: 7)

Fue realmente por la presencia de Sarah – la antípoda de Eva - que Abrahán, como — admite el Eclesiástico, “(...) en la prueba fue hallado fiel. “ (Si 44: 20)

7. Para más detalles de eso y de la etimología del nombre *Sarah* véase mi libro “Los seis días de la Creación y el Día Séptimo”, Libro 3, Parte 4, cap. 1- “Sara, “*hermana mía, novia*”

El sacrificio de Isaac como prueba para Abrahán y presagio del sacrificio del Señor

Pero veremos, ¿en qué consistía la prueba principal de Abrahán? La misma consistía en la demanda de Dios de sacrificar a Isaac, el hijo de Abrahán y Sarah, amado y esperado durante largo tiempo (que abarca todos los tiempos de la creación). En el Génesis leemos:

“Después de estas cosas sucedió que Dios tentó a Abraham y le dijo: «¡Abraham, Abraham!» El respondió: «Heme aquí.» Díjole: «Toma a tu hijo, a tu único, al que amas, a Isaac, vete al país de Moria y ofrécele allí en holocausto en uno de los montes, el que yo te diga.» Levantóse, pues, Abraham de madrugada, aparejó su asno y tomó consigo a dos mozos y a su hijo Isaac. Partió la leña del holocausto y se puso en marcha hacia el lugar que le había dicho Dios.” (Gen 22: 1-3)

Y Abrahán lo sacrifica, estando seguro, según el apóstol Pablo, que consiguió al hijo en su vejez como *presagio* de la resurrección de los muertos, y por eso el Señor lo resucitaría.

“Por la fe,” dice el apóstol Pablo, “Abraham, sometido a la prueba, presentó a Isaac como ofrenda, y el que había recibido las promesas, ofrecía a su unigénito, respecto del cual se le había dicho: Por Isaac tendrás descendencia. Pensaba que poderoso era Dios aun para resucitar de entre los muertos. Por eso lo recobró para que Isaac fuera también figura.” (Hb 11: 17-19)

Ese presagio concernía al sacrificio venidero que tendría que hacer Dios Mismo entregando a Jesucristo, su hijo amado, es decir, su imagen y semejanza, - por la salvación de toda la creación. Es cierto, que a primera vista parece que el sacrificio no tuvo lugar, porque en el último momento el ángel de Dios dijo a Abrahán: “(...) No alargues tu mano contra el niño, ni le hagas nada, que ahora ya sé que tú eres temeroso de Dios, ya que no me has negado tu hijo, tu único.” (Gen 22: 12) Y le indicó a un carnero trabado en un zarzal por los cuernos, que fue sacrificado en holocausto en lugar de Isaac. (Gen 22: 13) Pero en realidad este relato, como ya sabemos, es una parábola y se trata de la muerte del principio animal en el hombre, es decir, de su carne mortal, mientras que el hombre mismo, más precisamente, su alma, permanece viva, como vivo es Jesucristo y como vivos serán sus hijos adoptivos, los que nacieron en la carne, pero renacieron del agua (de la Palabra de Dios) y del Espíritu (Jn 3: 5), haciéndose de esta manera hijos de la Sarah libre. Justamente a eso se refiere el apóstol Pablo, cuando dice a los seguidores de Jesucristo:

“Y vosotros, hermanos, a la manera de Isaac, sois hijos de la Promesa. Pero, así como entonces el nacido según la naturaleza perseguía al nacido según el espíritu, así también ahora. Pero ¿qué dice la Escritura? = Despide a la esclava y a su hijo, pues no ha de heredar el hijo de la esclava juntamente con el hijo = de la libre. Así que, hermanos, no somos hijos de la esclava, sino de la libre.” (Gal 4: 28-31)

o en otro lugar:

“La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre! De modo que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero por voluntad de Dios.” (Gal 4: 6-7)

Aquí, como vemos, al destacar, que los hijos adoptados ya no son esclavos de la carne, sino herederos (junto con Jesucristo) del Padre Celestial, el apóstol habla de la nueva alianza con Dios. De lo mismo, de hecho, dice el Eclesiástico, al caracterizar a Abrahán:

“El guardó la ley del Altísimo, y con él entró en alianza. En su carne grabó la alianza (...)” (Si 44: 20)

Estar en la alianza con Dios significa estar unido con Él por lazos matrimoniales. Y grabar la alianza en su propia carne significa entregar su carne en el nombre de Dios – un hecho que se simboliza tanto por el sacrificio de Isaac como por la circuncisión de la carne del prepucio.

La circuncisión como señal de la justicia y santidad

He ahí, como lo dice el Génesis respecto al último:

“Dijo Dios a Abraham: «Guarda, pues, mi alianza, tú y tu posteridad, de generación en generación. Esta es mi alianza que habéis de guardar entre yo y vosotros - también tu posteridad -: Todos vuestros varones serán circuncidados. Os circuncidaréis la carne del prepucio, y eso será la señal de la alianza entre yo y vosotros.” (Gen 17: 9-11)

La circuncisión de la carne del prepucio, lamentablemente, se entiende en el sentido literal, mientras que en realidad simboliza la santidad requerida para la salvación, que solicita la renuncia a las concupiscencias de la carne. Justamente por eso el apóstol Pablo la llama “sello de la justicia”:

“y recibió la señal de la circuncisión”, dice, “como sello de la justicia de la fe que poseía siendo incircunciso. Así se convertía en padre de todos los creyentes incircuncisos, a fin de que la justicia les fuera igualmente imputada; y en padre también de los circuncisos que no se contentan con la circuncisión, sino que siguen además las huellas de la fe que tuvo nuestro padre Abraham antes de la circuncisión. En efecto, no por la ley, sino por la justicia de la fe fue hecha a Abraham y su posteridad la promesa de ser heredero del mundo.” (Rom 4: 11-13)

La justicia de la fe, de la cual habla el apóstol Pablo, consistía: en total confianza y sometimiento a Dios; en el entender, que la barrera que impide la unión matrimonial con Dios, es precisamente la carne; y por eso en el aspirar la santidad mortificando los instintos desordenados de la carne.

Al oponerse al mundo criminal de la carne, el Señor por la boca del profeta Isaías dice a todos los justos, ya que sólo ellos son sus hijos:

“Prestadme oído, seguidores de lo justo, los que buscáis a Yahveh. Reparad en la peña de donde fuisteis tallados, y en la cavidad de pozo de donde fuisteis excavados. Reparad en Abraham vuestro padre, y en Sara, que os dio a luz; pues uno solo era cuando le llamé, pero le bendije y le multipliqué.” (Is 51: 1-2)

De ahí se ve que bajo Abrahán se entiende *el padre de los justos*; que la peña de donde fueron tallados, se refiere al Señor Mismo Quién es el Único justo y santo, mientras que la cavidad de pozo apunta al pozo de la maldición y de la muerte, del cual ellos fueron excavados. Y aunque el Génesis habla de la “muerte” de Abrahán y de Sarah, su resurrección fue atestiguada por Jesucristo quién dijo:

“Y en cuanto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído aquellas palabras de Dios cuando os dice: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? No es un Dios de muertos, sino de vivos.»” (Mt 22: 31-32)

Cuando Jesús dice que Dios no es un Dios de muertos, sino de vivos, significa que Dios no es un Dios de la carne mortal que se desintegra en polvo, sino es Dios de las almas

vivas. Esas palabras anuncian que Abrahán y Sarah están vivos y se encuentran en un lugar al que Job llama “*el lugar que cita de todo ser viviente*”:

“Pues bien sé”, dice él a Dios, “que **a la muerte me conduces, al lugar de cita de todo ser viviente.**” (Job 30: 23),

con lo que atestigua que al “*lugar que cita de todo ser viviente*” vienen sólo a través de la *muerte* en la tierra. Diciendo “*todo ser viviente*” se refiere a los que pertenecen a Dios Quién, como ha dicho el apóstol Juan, es espíritu y los que lo adoran, deben adorarlo en espíritu y verdad (Jn 4: 24), es decir, justamente del modo del que lo adoraba Abrahán – no en la carne, sino en el espíritu de la justicia.

Abrahán como el padre de los pueblos

Todo lo considerado muestra que en la trinidad de los patriarcas con los que el Señor se define, Abrahán es la figura principal. Lo mismo, además, se ve del hecho que él era “uno solo” a quién el Señor “*llamó*”, “*bendijo*” y “*multiplicó*” (Is 51: 2) Sólo a él predestinó ser “*padre de una muchedumbre de pueblos.*” (Gen 17: 4). A él y a su descendencia legó toda la tierra:

“(…) «Alza tus ojos y mira desde el lugar en donde estás hacia el norte, el mediodía, el oriente y el poniente. Pues bien, toda la tierra que ves te la daré a ti ya tu descendencia por siempre. Haré tu descendencia como el polvo de la tierra: tal que si alguien puede contar el polvo de la tierra, también podrá contar tu descendencia.» (Gen 13: 14-16)

Al comparar a los hijos de Abrahán con la totalidad del polvo de la tierra, Dios así les comunica un carácter global, pues otro polvo ya se exceptúa. Eso significa que toda la tierra será habitada sólo por los hijos de Abrahán, pues así se llaman los hijos de Dios. Las siguientes palabras del Eclesiástico atestiguan lo mismo:

“Por eso Dios le prometió con juramento bendecir **por su linaje a las naciones**, multiplicarle como el polvo de la tierra, encumbrar como las estrellas su linaje, y darles una herencia de mar a mar, desde el Río hasta los confines de la tierra.” (Si 44: 21)

Eso significa que su espíritu se apoderará de cada alma que sigue a su ejemplo, que lo imita y por eso se predestina para la vida eterna. Y todo esto, como lo explica Dios, es en pago de haber obedecido a su voz (Gen 22: 18) a diferencia de Adán que le desobedeció... Por eso todo lo que hace Dios, lo hace para *Abrahán que es el nuevo Adán* que trae la Palabra de Dios y no la de la serpiente bíblica. Incluso cuando bendice a Isaac y Jacob.

“(…) te bendeciré,” dice Él a **Isaac**, “y multiplicaré tu descendencia **por amor de Abraham, mi siervo.**” (Gen 26: 24)

Lo mismo leemos en el Eclesiástico respecto a Jacob:

“**A Isaac** le aseguró lo mismo, **en gracia a su padre Abraham.** La bendición de todos los hombres y la alianza las hizo reposar en la cabeza **de Jacob.** (…)” (Si 44: 22-23)

Y si a Isaac y a Jacob los bendice “*por amor de Abrahán*”, significa que bajo *Abrahán* se refiere a sí mismo y todo lo que hace, hace para sí mismo, como Él Mismo lo revela en muchos lugares de la Sagrada Escritura:

“Mira que te he apurado, y no había en ti plata, te he probado en el crisol de la desgracia. **Por mí, por mí, lo hago**, pues ¿cómo mi nombre sería profanado? No cederé a otro mi gloria.” (Is 48: 10-11)

Así, ya vemos que de los tres patriarcas que consideramos, el principal es Abrahán que representa la figura de Dios. Pero, ¿cuál es entonces el papel de Isaac y Jacob en la Sagrada Escritura? Para entenderlo consideremos separadamente el papel de ambos. Comencemos con Isaac.

Isaac, el hijo de Abrahán. Significado y etimología del nombre.

Antes de todo notemos que no sólo el nacimiento de Isaac, hijo de Sarah, se efectuó, según la Palabra del Señor, sino también su nombramiento, ya que el Señor le dijo a Abrahán:

“(…) Sara tu mujer te dará a luz un hijo, y **le pondrás por nombre Isaac**. Yo estableceré mi alianza con él, una alianza eterna, de ser el Dios suyo y el de su posteridad.” (Gen 17: 19)

¿Qué suponía el Señor quién crea con la Palabra, al mandar a Abrahán que le pusiera al hijo por nombre *Isaac*? ¿A quién creaba con ese nombre? La respuesta se encierra en el mismo nombre que debe apuntar la predestinación de Isaac. Por eso antes de todo consideremos su etimología.

Se cree, que el nombre procede del hebreo יִצְחָק *Yitzhak* o *Yishaq* y se entiende como “él que se reirá”. Pero tal explicación parece afectada y careciente del sentido, especialmente, si tengamos en cuenta la magnitud de la persona a la que se refiere. En mi libro “Los seis días de la creación y el Día séptimo” yo propuse otra etimología del nombre *Isaac* basada sobre el significado de su raíz en distintas lenguas antiguas. La presento aquí nuevamente casi sin cambios.

Antes de todo presté atención al hecho que en el son hebreo, árabe y armenio del nombre está presente el sonido “h” – el mismo que fue introducido en el nombre de Abram convirtiéndolo en Abrahán (en el son castellano de ese nombre es ausente y se sustituye por la doble “a”). Su presencia en la Sagrada Escritura, como ya había dicho, es una señal directa de la procedencia divina del nombre. Lo prueba, por ejemplo, la derivación hitita de la misma raíz - *Isha* -, que significa “señor,” “amo”. En el sánscrito la misma se presenta como *Shiva* que es el nombre de uno de la triada (junto con Brahma y Visnú) de las divinidades supremas de la mitología hindú. Es notable que *Shiva* en ella se revele como el enemigo temible de los demonios, o de los espíritus malignos. Lleva una vida ascética fundada en la contemplación espiritual. Para sus partidarios y discípulos es la garantía de la suprema bienaventuranza.

Reparemos en lo que la descripción de Shiva en términos generales nos hace recordar el carácter y la enseñanza de Jesucristo. Por eso tampoco parece casual la unidad radical de las derivaciones consideradas con “*Ishakku*” sumerio que significa “*gobernante*”, “*rey*”; o con “*îzhâcâ*” (*îzhâ*) avéstica que se entiende como “*sacrificio*”, posiblemente relacionado con el sacrificio de los “*deseos*”, de la “*abundancia*”, del “*bienestar en la vida*” y de la “*comida*”, pues todos esos conceptos se definen con la misma palabra “*îzhâcâ*” (*îzhâ*)

Asimismo llaman la atención: el verbo hitito “sak” que se traduce como “*saber*”, “*reconocer el poder*” (de algún gobernante), porque al agregar a ella el sonido “h” que falta, podríamos traducirla como “*el que reconoce el poder de Dios*” y el adjetivo arameo “Zakia” (“zakaya”) que significa “*inocente*”, “*puro*”. No es difícil notar que son las definiciones que caracterizan tanto a Isaac como a Jesucristo.

Finalmente, con la misma raíz debe relacionarse también “*Sah*” armenio oeste que significa “retoño”, “*germen*”, “*vástago*”, pues se sabe que precisamente así la Sagrada Escritura define a Jesucristo. Por ejemplo, el profeta Isaías dice:

“**Asirán siete mujeres a un hombre** en aquel día diciendo: «Nuestro pan comeremos, y con nuestras túnicas nos vestiremos. Tan sólo déjanos llevar tu nombre: quita nuestro oprobio.» Aquel día **el germen** de Yahveh será magnífico y glorioso, y el fruto de la tierra será la prez y ornato de los bien librados de Israel.” (Is 4: 1-2)

Lo mismo encontramos en el Libro de Zacarías:

“Escucha, pues, Josué, sumo sacerdote, tú y tus compañeros que se sientan en tu presencia - pues son hombres de presagio -: **He aquí que yo voy a traer a mi siervo «Germen»**. Y he aquí la piedra que yo pongo delante de Josué; **en esta única piedra hay siete ojos**; yo mismo grabaré su inscripción - oráculo de Yahveh Sebaot - y quitaré la culpa de esta tierra en un solo día. Aquel día - oráculo de Yahveh Sebaot - os invitaréis unos a otros bajo la parra y bajo la higuera.” (Zac 3: 8-10) o

“Así dice Yahveh Sebaot: **He aquí un hombre cuyo nombre es Germen: debajo de él habrá germinación (y él edificará el Templo de Yahveh)**. El edificará el Templo de Yahveh; él llevará las insignias reales, se sentará y dominará en su trono; habrá un sacerdote a su derecha, y consejo de paz habrá entre ellos dos.” (Zac 6: 12-13)

Bajo las “siete mujeres” que asirán a un hombre y los “siete ojos” de la única piedra se entienden los siete espíritus de Dios que tiene Jesucristo de Quien se ha dicho en el “Apocalipsis” de Juan que “tiene los siete Espíritus de Dios y las siete estrellas” (Ap 3: 1).

Entonces, la etimología del nombre *Isaac* nos revela que **el relato bíblico del nacimiento de Isaac de algún modo anticipa o se refiere al nacimiento de Jesucristo; que es una parábola de carácter profético o una descripción de los acontecimientos que ocurren en el mundo invisible de las imágenes**. Lo último atestigua el apóstol Pablo quien, de hecho, toda la “historia” del Antiguo Testamento relaciona con las “*figuras de las realidades celestiales*” (Hb 3: 23; 1 Cor 10: 11).

Desde este punto de vista no sorprende que el mismo apóstol lo llame a *Isaac* “*unigénito*” hijo de Abrahán (Hb 11: 17), pues también de él, como de Jesucristo, se puede decir:

“Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad.” (Jn 1: 14)

Lo dicho aclara también el por qué el Génesis lo llama a Isaac hijo “*único*” (Gen 22: 16) de Abrahán. Hay que pensar que justamente *Isaac* era *la impronta de su sustancia*, como Jesús fue el “*resplandor de la gloria de su Padre Celestial e impronta de su sustancia*” (Hb 1: 3) Y ya que el hijo y el Padre son uno (Jn 10: 30), también una es la historia de ambos.

Efectivamente, el relato sobre *Isaac* casi repite el relato sobre *Abrahán*. El Señor le dice a *Isaac* igual que decía a *Abrahán*: “Multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y daré a tu descendencia todas estas tierras. Y por tu descendencia se bendecirán todas las naciones de la tierra” (Gen 26: 4). Rebeca, su mujer, era aramea, igual que Sarah, es decir, de las portadoras del Espíritu Santo de Dios (Jafet). Al temer que los filisteos le maten por la belleza de Rebeca Isaac hace con Rebeca exactamente lo mismo que Abrahán había hecho con Sarah (Gen 26: 6-11). Igual que Sarah, Rebeca durante mucho tiempo permanecía estéril (Gen 25: 21). Esa esterilidad, como la esterilidad de Sarah, en el sentido profundo de la parábola muestra que ambas eran ajenas para el mundo de la carne mortal y pertenecían al mundo futuro del Espíritu Santo o del Espíritu que da vida. Igual que a Sarah, Dios le hizo una promesa a Rebeca

diciendo que tendrá dos hijos...Precisamente de la misma promesa comenzaremos la consideración de Jacob.

Esaú y Jacob

He ahí, cómo el Génesis cuenta sobre la concepción de Rebeca:

“Isaac suplicó a Yahveh en favor de su mujer, pues era estéril, y Yahveh le fue propicio, y concibió su mujer Rebeca. Pero los hijos se entrecrocaban en su seno. Ella se dijo: «Siendo así, ¿para qué vivir?» Y fue a consultar a Yahveh...

Y Yahveh le dijo:

«Dos pueblos hay en tu vientre, dos naciones que, al salir de tus entrañas, se dividirán. La una oprimirá a la otra; el mayor servirá al pequeño.» (Gen 25: 21-23)

Lo que bajo las *dos naciones* aquí se entiende, igual que en los casos con Agar y Sarah e Ismael y Isaac, *los tiempos y la eternidad*, nos muestra el profeta Esdras. A su pregunta al ángel de Dios: “¿Cuál será la separación de los tiempos? O ¿cuándo vendrá el fin del primero y el principio del siguiente?”, este le contesta:

“Desde Abrahán hasta Isaac, cuando nacieron de él Esaú y Jacob, la mano de Jacob retenía al nacer el calcañar de Esaú; pues **el fin de este siglo es Esaú y el comienzo del siguiente es Jacob**. La mano del hombre entre el calcañar t la mano.” (IV Esdrás 6: 7-10)

Significa que Esaú y Jacob, los hijos de Rebeca nacidos en la vejez de su madre (igual que Isaac, nacido en la vejez de Sarah), no personifican dos pueblos o naciones en el sentido habitual, sino, de hecho, repiten el esquema de Agar-Sarah, o Ismael-Isaac, es decir, simbolizan distintos “tiempos”. Los “tiempos” he puesto entre comillas, porque en esencia aquí se habla de los tiempos a los que personifica el mayor de los hermanos, es decir, Esaú, y de la eternidad, a la que personifica Jacob, el menor de los hermanos, que nació segundo. En otros términos, aquí se habla del pueblo o de la nación carnal que es Esaú, y del pueblo o de la nación, espiritual que es Jacob. A lo mismo indican también los detalles de sus nacimientos:

“Salió el primero, **rubicundo todo él, como una pelliza de zalea**, y le llamaron Esaú. Después salió su hermano, cuya mano agarraba el talón de Esaú, y se llamó Jacob. Isaac tenía sesenta años cuando los engendró.” (Gen 25: 25)

La indicación “*rubicundo todo él, como una pelliza de zalea*” inmediatamente nos traslade hacia las “*túnicas de piel*”, cosidas por Dios para el hombre caído antes del echarlo del paraíso, - aquellas “*túnicas*” que lo separaron de Dios (2 Cor 5: 6) y de su mundo y las que atestiguan la ente carnal de Esaú. En cuanto a Jacob, nada se dice de su aspecto, posiblemente, porque es la figura del futuro. Y siendo así no sorprende que el Señor “*otorgue su herencia*” y sus bendiciones (Si 44: 23) no a Esau que nació primero, sino a Jacob que nació tras él.

“(…) Amé a Jacob y odié a Esaú.” (Rom 9: 13; Mal 1: 2-3),

dijo Él, revelándonos su posición. Según el sentido profundo de esas palabras, el Señor amó a Jacob, porque él representaba la idea de la creación Divina, y odió a Esaú, porque representaba el mundo carnal que surgió a causa de la caída del hombre. Es el mundo

contrario al mundo de Dios y pertenece al culpable de la caída. Diciendo de otra manera, Esaú personifica la carne y la sangre, mientras que Jacob, el alma y el espíritu de Dios. Esaú se refiere al primer tabernáculo, es decir, al cielo del mundo natural, y Jacob, al segundo tabernáculo que es el nuevo cielo sobre la nueva tierra, es decir, al mundo del Reino de Dios, o al Día eterno de Dios.

Sin embargo, desde el punto de vista literal, como ya he dicho, la elección de Dios parece extraña, porque, según el texto del Génesis, Jacob no sólo se casó con dos hermanas a la vez, sino también *por astucia* adquirió la bendición de Isaac, reservada para Esaú, es decir, la consiguió por el engaño. En cuanto a Esaú, parece una víctima. “(...) Ha venido astutamente tu hermano, y se ha llevado tu bendición.” (Gen 27: 35), le dice Isaac a Esaú.

Pero veremos, a que se refiere “*la astucia*” de Jacob, vinculada con el hecho de vestirse con la ropa de Esaú y cubrirse con “*las pieles de los cabritos*” (Gen 27: 15-16)

En realidad, aquí se habla de la vida en el cuerpo animal, ya que bajo las pieles de los cabritos se entiende el tiempo de prueba que las almas creadas por Dios pasan incógnito en la carne animal, justamente a la que se refiere la “*pelliza de zalea*” de Esaú. Pero la aparición misma de esa “*pelliza de zalea*”, o de “*las túnicas de piel*”, es la consecuencia del desvío del hombre de su predestinación primordial. Desde este punto de vista la primacía misma de Esaú es una primacía usurpada, pues está vinculada con la caída del hombre, opuesta a la idea inicial de Dios que se revelará sólo en Jacob. Por eso cuando los otros lugares de la Sagrada Escritura dan la preferencia al hijo primogénito, se refieren precisamente a esa idea, es decir, a Adán antes de la caída y del comienzo de los tiempos. Mas aquí el punto de referencia son los tiempos, porque la primacía de Esaú es la primacía en los tiempos, después de los cuales la creación deberá volver a las andadas, pero entonces ya en la nueva calidad en la que se revelará la primacía de Jacob. En el mismo tiempo el día primero y el día último se fundirán y la creación llegará a su conclusión final: Dios estará en todos y en todo. En cuanto a los tiempos, como ya muchas veces hablé en mis otras obras, fueron admitidos por Dios sólo para probar y templar al hombre.

En la parábola el nacimiento y la vida de los hermanos es sólo un instante, pero este instante supone incontables tiempos.

Y como Esaú y Jacob personifican distintos “*tiempos*”, tienen asimismo distintos caracteres propios a esos “*tiempos*” y condicionados por distintas mujeres que simbolizan a los espíritus que viven en cada uno de ellos.

El Génesis define a Esaú como “*diestro en la caza, hombre del campo*”, y a Jacob lo llama “*varón quieto, que habitaba en tiendas*” (RVG Gen 25: 27) El cazar a los animales ya por si mismo está relacionado con la matanza o con la privación de la libertad de las almas creadas por Dios y por eso revela la presencia en el hombre del espíritu impuro del homicida, mientras que el ser *quieto* de Jacob es una señal de la presencia en él del Espíritu Santo, pues sólo Él es quieto. Esas particularidades de los hermanos en la parábola, como dije, están marcadas, además, por sus mujeres. De Esaú se dice que contra la voluntad de sus progenitores se caso con las hijas de Het, es decir, con las camitas (ya que Het procedía de Can) que reverenciaban a la carne y sus pasiones. Por eso Rebeca no podía coexistir con ellas, ya que dijo a Isaac refiriéndose a las mismas:

“Me da asco vivir al lado de las hijas de Het. Si Jacob toma mujer de las hijas de Het como las que hay por aquí, ¿para qué seguir viviendo?” (Gen 27: 46)

Atendiendo a las palabras de Rebeca Isaac llamó a Jacob, le bendijo y le dio esta orden:

“(…) No tomes mujer de las hijas de Canaán. Levántate y ve a Paddán Aram, a casa de Betuel, padre de tu madre, y toma allí mujer de entre las hijas de Labán, hermano de tu madre.” (Gen 28: 1-2)

Es notable que Esaú no tuvo semejante bendición o un orden igual, pero de haber notado “que las hijas de Canaán eran mal vistas de su padre Isaac”, acudió a Ismael y “tomóse por mujer, además de las que tenía, a Majlat, hija de Ismael, el hijo de Abraham, y hermana de Nebayot.” (Gen 28: 8-9)

Pero también aquí vemos que Esaú siempre actuó por su propia voluntad, mientras que la voluntad de Jacob estaba afinada a la voluntad de sus padres. Así que de las hijas arameas para Esaú la Sagrada Escritura ni siquiera habla, ya que el matrimonio con ellas se refiere al matrimonio del alma y representa un misterio relacionado con la eternidad. Por eso Esaú precede a Jacob, como el mundo carnal precede al mundo espiritual al que pertenece la herencia de Dios. Y, naturalmente, Esaú se enemista con Jacob, como dice el Génesis, “a causa de la bendición con que le había bendecido su padre” y se dice a sí mismo:

“Se acercan ya los días del luto por mi padre. Entonces mataré a mi hermano Jacob.” (Gen 27: 41)

Esas sus palabras nos hacen recordar la semejante historia de Caín y Abel. Caín “carnal” odió a Abel “espiritual”, porque Dios amó a Abel y no a él. Como cuenta el mismo Génesis,

“(…) Yahveh **miró propicio a Abel y su oblación, mas no miró propicio a Caín y su oblación**, por lo cual se irritó Caín en gran manera y se abatió su rostro.” (Gen 4: 3-5)

Lo mismo pasó con Esaú y Jacob. Siendo hermanos, son antagonistas al mismo tiempo, como antagonistas son la carne temporal y el alma creada por Dios, pues la carne mortal al cubrir el alma, no le permite revelarse, mientras que el alma se esfuerza liberarse de la reclusión de la carne, pero lo puede hacer sólo rompiendo a la misma carne que se compenetra con ella, es decir, a través de la muerte de la carne. Se dice por eso que los hermanos “*se entrechocaban*” en el seno de su madre. Por la misma razón el apóstol marca la inminencia de este choque entre los representantes de estos dos distintos mundos:

“Pero así como entonces el nacido según la naturaleza perseguía al nacido según el espíritu, así también ahora.” (Gal 4: 29),

Y la causa de esa persecución de los hermanos y de ese trato desigual de Dios es la misma: la oblación de Caín era del suelo (“los frutos del suelo”), es decir, de la naturaleza, y la de Abel era espiritual (“de los primogénitos de su rebaño y de la grasa” de los mismos) – justamente tal cual Dios quiere recibirla del hombre. Pero si en el mundo actual el nacido según la naturaleza persigue al nacido según el espíritu, en el mundo venidero, al contrario, el nacido según la naturaleza servirá al nacido según el espíritu hasta que llegué el Reino de Dios al que la carne y la sangre no heredan. Por eso cuando Dios dice que “*el mayor servirá al pequeño*”, se refiere al sexto día de la creación, cuando la carne será sometida al alma creada por Dios y al Espíritu Santo de Dios.

El mismo esquema de Agar-Sarah o Ismael-Isaac que se repite en Esaú y Jacob, se revela también en las mujeres de Jacob. Pero aquí a Agar y Sarah las sustituyen las hermanas-arameas Lía y Raquel, aunque en el caso de la primera no totalmente.

Habiendo amado a Raquel Jacob fue obligado primero a casarse con su hermana Lía a la que no amaba, pues Labán, el padre de las hermanas le dijo a él:

“No se usa en nuestro lugar dar la menor antes que la mayor.” (Gen 29: 26) -

lo que significa que lo espiritual no viene antes de lo carnal. Sólo pasando muchos años (cuando los tiempos se acercaron a su fin) Jacob pudo casarse también con la amada Raquel que, como Sarah y Rebeca, antes de dar a luz a José, durante muchos años (todos los tiempos) era estéril.

Jacob como el heredero de la tierra

Entonces, si Abrahán personifica al Dios-Padre; su hijo Isaac, a Jesucristo, ¿a quién representa Jacob?

Prestemos atención a lo que Jacob se declara *heredero* de la tierra primero por la bendición de Isaac (Gen 28: 4) y después por Dios, además, en circunstancia muy significativas, cuando iba a casarse con la hija de Labán arameo. He ahí, como lo relata el Génesis:

“Jacob salió de Berseba y fue a Jarán. Llegando a cierto lugar, se dispuso a hacer noche allí, porque ya se había puesto el sol. Tomó una de las piedras del lugar, se la puso por cabezal, y acostose en aquel lugar. Y tuvo un sueño; soñó con una escalera apoyada en tierra, y cuya cima tocaba los cielos, y he aquí que los ángeles de Dios subían y bajaban por ella. Y vio que Yahveh estaba sobre ella, y que le dijo: «Yo soy Yahveh, el Dios de tu padre Abraham y el Dios de Isaac. **La tierra en que estás acostado te la doy para ti y tu descendencia. Tu descendencia será como el polvo de la tierra y te extenderás al poniente y al oriente, al norte y al mediodía; y por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra; y por tu descendencia.** Mira que yo estoy contigo; te guardaré por doquiera que vayas y **te devolveré a este solar.** No, no te abandonaré hasta haber cumplido lo que te he dicho.» Despertó Jacob de su sueño y dijo: «¡Así pues, está Yahveh en este lugar y yo no lo sabía!»” (Gen 28: 10-16)

Pero ¿de qué tierra hablaba el Señor cuando desde la escalera le dijo: “*te devolveré a este solar*”?

Habitualmente este solar se entiende como un lugar particular sobre la tierra. Pero tal interpretación de las palabras del Señor contradice al sentido de la herencia prometida a Jacob que abarca, como hemos visto, toda la tierra y hasta todo el cielo.

En realidad lo dicho se refiere a aquel mundo con el que Jacob soñó. El sueño está relacionado con su intención de ir al “país” arameo para casarse con una aramea y ya que Aram pertenece a la generación de Jafet que personifica al Espíritu Santo, significa que iba a casarse con el Espíritu Santo, o, diciendo de otra manera, iba a hacer alianza con Dios. Por eso la promesa de Dios refería precisamente al mundo contrario al aquel en el que vivía.

Ciertamente, el fragmento habla de la tierra, en la cual los ángeles y los hombres viven juntos, es decir, de aquella, donde, según las palabras de Jesucristo, los hombres “(...) *serán como ángeles en el cielo.*” (Mt 22: 30) No cabe duda que se trata del Reino de Dios y *no* del mundo del que Jesús dijo: “*yo no soy de este mundo*” (Jn 8: 23) En otros términos, se trata del oculto mundo interno (o del mundo del alma creada por Dios) que aun tiene que revelarse.

Lo dicho se confirma también por las etimologías de los nombres *Jacob e Israel*. Ya me reparé en ellas detalladamente en mi libro “Los seis días de la creación y el Día séptimo”⁸ En lo que se refiere a *Jacob* aquí concluyo brevemente lo escrito.

8. Vease en el L.3, P.5, cap. “Jacob (Israel). Lía y Raquel”; y también en la Introducción. p.1, cap.3 “El nombre de Dios”

Significado y etimología del nombre *Jacob*

En hebreo ese nombre suena como *Ya'agob*. Existen varias versiones de su explicación. Según una de ellas, en su fondo yace la palabra “*aguev/b*” que significa “*calcañar*”, “*huella*” y que se relaciona con el nacimiento de Jacob en pos de Esaú y con mano agarrando su talón. (Gen 25: 26).

Según la otra versión, en el fondo de su nombre está el verbo “*agav/b*” (que significa “*seguir*”), usado en forma del futuro de la tercera persona del género masculino. Por eso *Jacob* se interpreta como “*él seguirá*”.

La tercera versión se basa en las siguientes palabras de Esaú: “Con razón se llama Jacob, pues me ha suplantado estas dos veces: se llevó mi primogenitura, y he aquí que ahora se ha llevado mi bendición.” (Gen 27: 36). Por eso, según esa versión, su nombre significa “*él que ocupa el lugar por astucia*” o “*él que sustituye al hermano ilegalmente*”.

Hay una versión más, según la cual, el nombre *Jacob* representa la forma troncada de la frase *Ya'agob-El* que se entiende como “*Dios protegerá*” o “*Dios me protegió*”.

Como vemos, todas las explicaciones presentadas del nombre *Jacob* de un modo o del otro están vinculadas con el contenido del texto y son suposiciones relacionadas con el mismo, las que, sin embargo, no explican el sentido que se le da a Jacob en la Sagrada Escritura.

Buscando el sentido verdadero del nombre *Jacob* observé que consiste de las derivaciones de los mismos consonantes que contiene el nombre de Dios: *Yahve(h)* y que, además, ambos constan de dos sílabas iguales, aunque alternadas: *Yah – veh* y *Jac – ob*, [*J(Y)ac(h)ob(v)*], pues los sonidos “*J/Y*”, “*h/c*” y “*b/v*” se alternan. He mostrado también que las primeras sílabas de ambos nombres - *Yah* y *Jac* - se refieren al espíritu de Dios, porque *Yah/Jac* son las derivaciones de *Ar (Al)*, o de su forma inversiva *ruah*, es decir, definen al Espíritu de Dios, y las dos siguientes - *veh* y *ob* - representan las alteraciones del verbo *hawa (java)* que yace en la base del nombre de Eva y significa “*vida*”, “*el que vive*” “*f fuente de vida*”, “*vivir*”, “*para vivir*”, lo que permite explicar las palabras enteras como “*Espíritu de Vida*”, o “*Espíritu Vivo*” o “*Espíritu que da vida*”.⁹

Entonces ambos nombres combinan dos elementos: la forma viva (o la Palabra) y el Espíritu de Vida. De hecho, lo mismo significa el nombre *Jesús* que presenta una derivación lingüística del nombre *Yahve/h*. En el hebreo ese nombre suena como “*Yehoshuah o Joshua*” y es formado de “*Yahveh*” y de la raíz “*yz*” que significa “*Salvador*”¹⁰ Así que todo el nombre podemos descifrar como: *Soy el Salvador de la Vida* que significa también: *Soy la Palabra de la Vida*.

9. Notemos que a la misma conclusión nos lleva también la otra autodeterminación de Dios, a saber: *Alef* hebreo (*Alfa* griega) que denomina la primera letra del alfabeto hebreo. Se usa en la Biblia en el sentido “*Primero*”. Pero estas dos autodeterminaciones de Dios son idénticas tanto etimológicamente como semánticamente, pues las sílabas que contienen representan las alternaciones de las mismas raíces que reflejan al espíritu - *Yah-Al (Ar)* - y a la vida - *veh-ef*. Diciendo de otra manera, nuevamente se trata del “*espíritu en el matrimonio*”. Y es cierto aun más, porque los sonidos del nombre *Yahve* yacen también en el nombre *Jafet (Yah-ve-t)*, es decir, *Yahve Salvador*. Lo dicho se confirma también por el significado de la misma raíz en otras lenguas antiguas. Por ejemplo, en armenio la misma suena como “*havel*” y significa “*eterno*”; los persas la pronunciaban como “*javed*” también con el significado “*eterno*”, su forma simplificada era “*yave*”; en pahlevi se entendía como “*para siempre*”. En una palabra, bajo *Jafet* se entiende El Espíritu de Dios Santo y Eterno. -Véase en mi libro “*Los seis días de la Creación y el Día séptimo*”, L.2; p.1, cap. 3. El enigma de los hijos de Noé” o vease mi libro “*El misterio de la Santísima Trinidad*”, Bs.As. Credo 2012 – Tríptico II.

10. Ver, por ejemplo, el Diccionario de nombres: *Jesús* - <http://www.euroresidentes.com/significado-nombre/j/jesus.htm>

Partiendo de todo lo dicho las mismas autodeterminaciones de Dios podríamos entender como *Soy glorificado* – por lo que engendré – no importa con quien o con que comparemos lo nacido en nuestro lenguaje terrenal: con el Hijo, o con la Esposa, o con el cuerpo místico, porque se ha dicho: “el Dios de nuestro Señor Jesucristo, (es) el Padre de la gloria” (Ef 1: 17). En otros términos, *Dios revelado es el Espíritu de Dios en el matrimonio con lo que engendró* o es *el Espíritu adquirido la forma de la vida*.¹¹ Y el, quién lo lleva, *pertenece a Dios*.

Es interesante que justamente a lo mismo indique también el nombre *Israel*.

El significado y la etimología del nombre *Israel*.

Su significado nos revela el profeta Isaías diciendo:

“(…)Un tercero escribirá en su mano: "De Yahveh" y se le llamará Israel” Is 44: 5)

Entonces, *Israel* es aquel que pertenece a *Yahveh*, es decir, *al Señor*. En otro lugar Dios por la boca del mismo profeta lo confirma así:

“Ahora, así dice Yahveh tu creador, Jacob, tu plasmador, Israel. «No temas, que yo te he rescatado, te he llamado por tu nombre. **Tú eres mío.**” (Is 43: 1)

Diciendo “*Tú eres mío*” el Señor nuevamente marca el sentido de la palabra *Israel*, lo que nos una vez más asegura en lo que el nombre *Israel* significa “*Soy del Señor*” o “*Pertenezco al Señor*” o “*soy el que se conduce por el espíritu de Dios*”, es decir, no por las pasiones de la carne. Así que más precisamente *Israel* significa “*Soy del Espíritu Santo de Dios*”.

Cuando el Señor dice “*yo te he rescatado*”, se refiere al sacrificio de su carne (de Isaac/Jesucristo) en su nombre, es decir, para la realización de su creación.

Lo mismo atestigua también el análisis lingüístico de la palabra *Israel*.

Vemos que la misma consiste de tres sílabas/raíces: *Is – ra – el*. El significado de la tercera sílaba/ raíz – *el* –es ampliamente conocido e indica a Dios. La primera sílaba/raíz – *is* –, al juzgar por la información de Isaías, significa “*soy*”. En cuanto a la segunda sílaba/raíz – *ra* –, es la más importante y decisiva, porque justamente ella apunta, a quién se entiende bajo Dios. Del significado de esa raíz he escrito en muchas de mis obras comenzando con el “Ararat enigmático” y terminando por el resto. Como he mostrado, esa raíz en todas las lenguas indica al Espíritu de Dios. En hebreo representa la forma apocopada de la palabra *ruah* que significa “*espíritu*”(de Dios). Así que todo el nombre Israel tanto desde el punto de vista textual y teológico como desde el punto de vista lingüístico y semántico significa: “*pertenezco al Espíritu Santo de Dios*” o “*soy conducido por el Espíritu Santo de Dios*”.

Más aun, por su son se asemeja a los nombres *Sarah* (*Sa-ra-el*), donde tenemos la forma inversiva de la sílaba/raíz - *is –sa*, y *Raquel* (*Ra(q/h)- el*, una copia lingüística más de la palabra *Israel* sin la primera sílaba/raíz, pues los sonidos *q* y *h* se alternan. Pero al significado del nombre *Raquel* todavía volveremos más adelante. Mientras tanto notemos en relación con esto que el nombre *Israel* podemos interpretar también como “*estoy en matrimonio con el Espíritu Santo de Dios*”. Es notable también que la letra *alef* que simboliza al espíritu, se encuentre en el centro de la palabra *Israel*, como el corazón, dentro del cuerpo humano. Parece, no hay y no puede ser duda en lo que se

11. Véase en mi libro “Los seis días de la Creación y el Día séptimo”, Introducción, p.1, cap. 3. “El nombre de Dios”.

refiere al significado de ese nombre.

Y sin embargo...A pesar de toda esa evidencia y antes de todo a pesar de la indicación clara del profeta Isaías, se lo suele interpretar de otra manera. Su significado suele vincular con un relato dudoso del capítulo 32 del Génesis, referido a las circunstancias en las que Jacob recibió el nombre *Israel*. El relato es el siguiente:

“Y habiéndose quedado Jacob solo, estuvo luchando alguien con él hasta rayar el alba. Pero viendo que no le podía, le tocó en la articulación femoral, y se dislocó el fémur de Jacob mientras luchaba con aquél. Este le dijo: «Suéltame, que ha rayado el alba.» Jacob respondió: «No te suelto hasta que no me hayas bendecido.» Dijo el otro: «¿Cuál es tu nombre?» - «Jacob.» - «En adelante no te llamarás Jacob sino Israel; porque has sido fuerte contra Dios y contra los hombres, y le has vencido.» Jacob le preguntó: «Dime por favor tu nombre.» - «¿Para qué preguntas por mi nombre?» Y le bendijo allí mismo. Jacob llamó a aquel lugar Peniel, pues (se dijo): «He visto a Dios cara a cara, y tengo la vida salva.» El sol salió así que hubo pasado Peniel, pero él cojeaba del muslo.” (Gen 32: 25-32)

Partiendo de este fragmento muchos estudiosos creen que Jacob recibió el nombre *Israel* a causa de su lucha con Dios y por eso explican la palabra *Israel* como “*él que lucha con Dios*”. En el fragmento Jacob rivaliza con el Creador del universo y casi lo vence, - lo que es imposible para el hombre y hasta sería absurdo suponer tal cosa, ya que significaría que Jacob luchaba contra la Vida Misma. Para reparar de algún modo esa confusión, los mismos estudiosos explican el acontecimiento como una lucha para obtener la bendición de Dios. Una vez también yo pensé así. Pero pronto entendí el error, porque esa explicación no se encajaba en el concepto bíblico de Dios quien aquí, contrariamente a este concepto, se presentaba débil ante el hombre. Eso me alertó, pues sabemos que el único quien por su locura lucha con Dios es el diablo, por cuya culpa en la creación se estableció la soberanía de la muerte. Mas Jacob, *manso* por su esencia, es su antípoda.

Entonces **la dicha interpretación es falsa, ya que toda la Sagrada Escritura bajo la palabra *Israel* entiende a aquellos, quienes obedecen al Señor y se guían por el espíritu del Creador y no a los que luchan con Él. Por eso es evidente que el fragmento en cuestión es tergiversado por los que consideran a Jacob según la costumbre de los hombres, es decir, según la carne con todas las consecuencias. El Señor aborrece a los que entienden a Jacob así y los dice:**

“El Señor Yahveh ha jurado por sí mismo, oráculo de Yahveh Dios Sebaot: **Yo aborrezco la soberbia de Jacob, sus palacios detesto**, y voy a entregar la ciudad con cuanto encierra.” (Am 6: 8)

Lo que el fragmento en cuestión es alterado, evidencia, además, otro relato referido a lo mismo, es decir, al cambio del nombre de Jacob por Dios, que encontramos en el capítulo 35 del mismo Génesis. En él leemos:

“Dios se apareció a Jacob una vez más a su llegada de Paddán Aram y le bendijo. Díjole Dios: «Tu nombre es Jacob, pero ya no te llamarás Jacob, sino que tu nombre será Israel.» Y le llamó Israel. Díjole Dios: «Yo soy El Saddy. Sé fecundo y multiplicate. Un pueblo, una asamblea de pueblos tomará origen de ti y saldrán reyes de tus entrañas. La tierra que di a Abraham e Isaac, a ti te la doy, y a tu descendencia y sucesión daré esta tierra.» Y Dios subió de su lado. Jacob erigió una estela en el lugar donde había hablado Dios con él: una estela de piedra; derramó sobre ella una libación, y vertió sobre ella aceite. Jacob llamó a lugar donde había hablado Dios con él «Betel.»”(Gen 35: 9-15)

Como vemos, aquí no se menciona ninguna lucha de Jacob con Dios y lógicamente este fragmento corresponde más tanto a la mansedumbre de Jacob como a la tendencia general del Génesis. De tal modo el último fragmento es una prueba más que el

fragmento anterior (el de Gen 32) ora está alterado, ora simplemente fue aportado a la Sagrada Escritura posteriormente, es decir, en esencia no le pertenece.

Prestemos también atención a lo que las palabras “*Sé fecundo y multiplicate. Un pueblo, una asamblea de pueblos tomará origen de ti y saldrán reyes de tus entrañas. La tierra que di a Abraham e Isaac, a ti te la doy, y a tu descendencia y sucesión daré esta tierra*” con su hilo semántico vinculan a Jacob nuevamente con Adán, del cual antes fue dicho:

“Y bendíjolos Dios, y díjoles Dios: «Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en las aves de los cielos y en todo animal que serpea sobre la tierra.»” (Gen 1: 28)

En el fondo son las mismas palabras que muchas veces fueron dichas a Abrahán sin que luchase con Dios.

Lo que el primer fragmento fue alterado atestiguan a su vez los apócrifos. Así, un relato semejante encontramos en el Libro de los jubileos, donde respecto al asunto leemos:

“Pero el Señor se le apareció de noche, lo bendijo y le dijo: “No te llamarán Jacob, sino que te darán por nombre Israel”. Añadió luego: “Yo soy el Señor que creó cielos y tierra; te haré crecer y multiplicarte muchísimo; de ti saldrán reyes que regirán cualquier lugar que haya hollado planta humana. Daré a tu descendencia toda la tierra que hay bajo el cielo; gobernarán a todos los pueblos según su voluntad, y luego reunirán toda la tierra y la heredarán perpetuamente.” Al terminar de hablar con él, ascendió desde su lado, y Jacob lo estuvo viendo hasta que subió al cielo.” (Libro de los jubileos 32: 17-20)

Todo lo dicho muestra definitivamente que ***Israel bíblico no es aquel que lucha con el Espíritu Santo de Dios, sino él que le pertenece. Así es su significado verdadero y su verdadera etimología.*** De hecho, *Israel* personifica el esquema *Jafet en Sem*, que representa *la imagen de la creación Divina*, es decir, a Adán recuperado a través de la redención. Justamente en este sentido Dios dice por la boca del profeta Esdrás:

“(…) Israel es la herencia. Por ellos hice yo el mundo, y cuando Adán transgredió mis preceptos, fue juzgado lo que fue hecho” (IV Esdrás 7: 10-12)

Jacob/Israel como la Iglesia de Jesucristo

La construcción misma de la idea del citado de arriba nos hace pensar que *Israel* precede a Adán. Muestra que el mundo no fue creado para *Adán caído*, sino para *Adán recuperado* que es *Israel de Dios* y de nadie más, pues cuando el Señor dice “*por ellos*” (es decir, por los israelitas), se refiere a *los justos*, es decir, a los que se someten a la ley de la Vida que Él había creado.

Lo que bajo israelitas la Sagrada Escritura entiende a *los justos*, atestigua también Jesucristo diciendo de Nataniel que se acercaba a Él:

“Ahí tenéis a un israelita de verdad, en quien no hay engaño.” (Jn 1: 47)

Entonces, *los israelitas bíblicos* son aquellos en quienes no hay engaño, o son los justos.

Sin embargo, cuando la Sagrada Escritura se considera cronológicamente e históricamente, el estudioso a cada paso se topa con un callejón sin salida, por ejemplo, con el que se manifiesta al leer las palabras citadas del profeta Esdras, que generan la pregunta: ¿cómo el Señor dice que ha creado el mundo para *Israel*, si *Israel* apareció pasando mucho tiempo después de Adán? A menos que... bajo *Israel* se entienda la

idea primordial de Adán justo y santo y no de Adán caído. Las siguientes palabras del Señor pronunciadas por la boca del profeta Isaías y dirigidas a *Jacob/Israel*, en realidad, se refieren a Adán:

“(…) sé muy bien que tú eres pérfido y se te llama rebelde desde el seno materno. **Por amor de mi nombre** retardé mi cólera, a causa de mi alabanza me contuve para no arrancarte. **Mira que te he apurado, y no había en ti plata, te he probado en el crisol de la desgracia. Por mí, por mí, lo hago, pues ¿cómo mi nombre sería profanado? No cederé a otro mi gloria. Escúchame**, Jacob, Israel, a quien llamé: Yo soy, yo soy el primero y también soy el último. Sí, es mi mano la que fundamentó la tierra y mi diestra la que extendió los cielos. Yo los llamo y todos se presentan.” (Is 48: 8-13)

Lo que Jacob no fue ni “pérfido”, ni “rebelde desde el seno materno”, está claro incluso si consideremos el texto desde el punto de vista literal, pues él no se apartó de nada de los preceptos de Abrahán: no se casó con las mujeres cananeas, como su hermano Esaú, es decir, no contrajo lazos matrimoniales con el espíritu impuro, sino se casó con las preceptuadas arameas; como sus antepasados, vivió en las tiendas esperando la ciudad no hecha por las manos de los hombres y rompió a los ídolos en su tienda, es decir, no permitió que ellos entrasen a su alma.

Mas a Adán, al contrario, podemos llamar “pérfido” y “rebelde”, porque apenas creado se apartó de la palabra de Dios y engendró a Caín. Por eso no hay duda en lo que cuando Dios dice “*te he probado en el crisol de la desgracia*”, se refiere a la prueba de *Adán/Jacob* a través de los tiempos. Todo el proceso de “*la prueba*” se termina por su *redención y salvación*. La redención se basa en la renuncia de todo lo particular, inclusive en la renuncia de la propia vida mortal. Así es el precio de la redención – la muerte de la carne. Así es también el sentido de las siguientes palabras de Dios, pronunciadas por la boca del profeta Isaías:

“Porque yo soy Yahveh tu Dios, el Santo de Israel, tu salvador. He puesto por expiación tuya a Egipto, a Kus y Seba en tu lugar dado que eres precioso a mis ojos, eres estimado, y yo te amo. Pondré la humanidad en tu lugar, y los pueblos en pago de tu vida.” (Is 43: 3-4)

Cuando el Señor dice que ha puesto “*por expiación a Egipto, a Kus y Seba*” - a los que en aquel tiempo tenían fama por sus riquezas y logros técnicos -, así muestra la poca valor que tienen las riquezas materiales a sus ojos y su insignificancia ante la meta de la creación. Revela que ellos no tienen sentido, como no lo tienen las muletas y la silla de ruedas si el hombre es sano. Cuando dice que pondrá la humanidad y los pueblos en pago por la vida de *Jacob/Israel*, no se refiere a *Israel* terrenal, sino sólo al “*recipiente*” precioso *del justo*, en el que vive el Espíritu Santo de Dios que es la base de su Reino. Los demás recipientes, en los cuales no habita en Espíritu Santo, a sus ojos no tienen valor.

Así, se hace claro que **bajo *Israel* como la comunidad o reino hay que entender la comunidad de los justos redimidos que no se prestan su oído a la llamada de su carne, sino lo prestan a la llamada del Espíritu Santo de Dios**, es decir, ***Israel* representa a la Iglesia de Jesucristo que se forma por todos los que viven en el Reino de Dios.** La catolicidad de la figura de *Jacob/Israel* fue prevista aun por Isaac que al bendecirlo le dijo:

“Que El Saddy te bendiga, te haga fecundo y te acreciente, y que **te conviertas en asamblea de pueblos.**” (Gen 28: 3)

Lo mismo se destaca en la declaración del Señor que lo elige desde los cabos de la tierra:

“ Y tú, Israel, siervo mío, Jacob, a quien elegí, simiente de mi amigo Abraham; que te así desde los cabos de la tierra, y desde lo más remoto te llamé y te dije: «Siervo mío eres tú, te he escogido y no te he rechazado»” (Is 41: 8-9)

Y en otro lugar:

“(…) desde Oriente haré volver tu raza, y desde Poniente te reuniré. Diré al Norte: "Dámelos"; y al Sur: "No los retengas", Traeré a mis hijos de lejos, y a mis hijas de los confines de la tierra” (Is 43: 5-6)

Diciendo “tu raza” Él refiere a la raza espiritual que se forma sólo por los justos, a los cuales recoge de todas las partes de la tierra -del oriente, del occidente, del norte y del sur. Que es así y no se refiere a la raza carnal, nos muestra Dios Mismo diciendo por la boca del profeta Ezequiel:

“(…) yo recojo a los hijos de Israel de entre las naciones a las que marcharon. Los congregaré de todas partes para conducirlos a su suelo. **Haré de ellos una sola nación en esta tierra**, en los montes de Israel (…)” (Ezeq 37: 21-22)

Lo que el Señor formará una sola nación de todos los reunidos por Él, primero, nos muestra, que antes ellos no representaban una nación carnal, y después indica que los reunirá a través de su Espíritu Santo, pues sólo Él puede hacerlo. En otros términos, se habla de Sem en quien se instaló el espíritu de Jafet. Tales (es decir, aquellos en cuyo Sem habita Jafet) se convertirán en sus testigos (Is 43: 10), pues son santos que sometieron los instintos de su carne al Espíritu Santo de Dios cumpliendo así las exigencias de Abrahán. Y lo que Abrahán exigía justamente la santidad de sus descendientes está claramente expresado en el Libro de los jubileos, donde Abrahán dice a su “nieto” Jacob:

“(…) serán justos tus caminos y los de tus hijos; seréis un pueblo santo.” (Libro de los jubileos 22: 12)

Jacob, de hecho, exigió y consiguió la misma santidad, cuando dijo a toda la gente de su casa:

“«Retirad los dioses extraños que hay entre vosotros. Purificaos, y mudaos de vestido. Luego, levantémonos y subamos a Betel, y haré allí un altar al Dios que me dio respuesta favorable el día de mi tribulación, y que me asió en mi viaje.»” Y “Ellos”, se dice a continuación en el Génesis, “entregaron a Jacob todos los dioses extraños que había en su poder, y los anillos de sus orejas, y Jacob los escondió debajo de la encina que hay al pie de Siquem.” (Gen 35: 2-4)

Los “dioses extraños” mencionados aquí son dioses de Babilonia que personifican la confusión de las lenguas que supone también la confusión de las creencias y concepciones del mundo. De todas las ideologías que se chocan entre ellos, el Señor destaca sólo aquella que se guía por su Espíritu Santo, el único que le presenta a Él y lo atestigua. Es la ideología de la santidad que, según la palabra de Isaac, se apoderará de la tierra, convirtiéndose en la *dueña* de la misma, pues en la continuación de su bendición a Jacob él le dice:

“Que te dé la bendición de Abraham a ti y a tu descendencia, para **que te hagas dueño de la tierra** donde has vivido y que Dios ha dado a Abraham.” (Gen 28: 4).

Al decir “*dueño de la tierra donde has vivido*” supone la tierra del alma bendecida por los hombres y los ángeles, aquella, de la cual para siempre será expulsado el espíritu impuro, pues se ha dicho:

“La bendición de todos los hombres y la alianza las hizo reposar en la cabeza **de Jacob**. (...)” (Si 44: 23),

A propósito, esa catolicidad de la figura de *Jacob* claramente se revela también en los apócrifos. Uno de ellos, es el ya mencionado “Libro de los jubileos”, que dice de él:

“Dios Todopoderoso te bendiga, acreciente y multiplique; **congréguese en torno a ti los pueblos**” (Libro de los jubileos 27: 11)

Notemos que los pueblos “*congregados en torno de Jacob*” corresponden al “*muchedumbre de pueblos*” (Gen 17: 5), cuyo padre fue constituido Abrahán, lo que significa que la promesa dada a Abrahán por Dios se cumple en *Jacob*. El espíritu de su Isaac vivificado por el Señor se instala en Jacob y en sus hijos que definen esa “*congregación de los pueblos*”. Y si recordemos que Isaac personificaba a Jesucristo Quién engendró a la *Iglesia*, nos aseguremos una vez más que **en Jacob se profetisa la Iglesia cristiana** con sus dos caras: con la imperfecta que se formó después de la primera llegada de Jesucristo y con la perfecta que representará al mundo después de la segunda llegada del Señor. Esas dos caras de la Iglesia se personifican por las dos mujeres de Jacob: Lía y Raquel.

Las mujeres de Jacob como dos etapas de la Iglesia de Jesucristo

Lía con los ojos “*delicados*” (Gen 29: 17)¹² simboliza la primera etapa, es decir, la iglesia actual y débil, pues aun no está libre del pecado y sus costumbres en realidad más parecen a las del Antiguo Testamento que a las del Nuevo. En cuanto a Raquel, personifica la segunda etapa de la *Iglesia* señalando su perfección venidera, cuando el concepto de la *Iglesia* se fundirá con el de la humanidad. Lo dicho se atestigua vivamente por la etimología de los nombres de *Lía* y *Raquel* que presento a continuación.

Existen dos explicaciones del nombre de *Lía*, la primera mujer de Jacob. Una de ellas lo vincula con el verbo hebreo “*la’a*”, que, como creen, puede significar “*fatigada*”, “*cansada*”, y la otra, con el sustantivo “*le’ah*” que en hebreo significa “*vaca salvaje*”. Por si mismos esas significaciones nada nos dicen. Pero he ahí, si la última comparamos con la del nombre de la segunda mujer de Jacob – *Raquel* -, el cuadro se aclarará. *Raquel (Rajel)* en hebreo significa “*oveja*”, “*corderita*”. La vaca salvaje y la oveja son animales amansados y domesticados por los hombres, aunque con el genio distinto. *La vaca salvaje* es sometida al hombre forzosamente, como el hombre pecador es sometido a la Ley, mientras que la “*corderita*” manifiesta la obediencia total al hombre. Recordemos que la Virgen María Madre de Dios que humildemente aceptó la propuesta del “matrimonio” con el Creador que es Espíritu, también fue “*corderita*”. Asimismo fue “*cordero*” su Hijo Jesucristo que mansamente tomó los pecados de los que le creen y sufrió por ellos. Así que *Lía* personifica el estado de la Iglesia cristiana entre dos llegadas de Jesucristo. El otro significado de su nombre - “*fatigada*”, “*cansada*” – caracteriza justamente el tiempo actual.

Mientras tanto *Raquel* simboliza el estado de la *Iglesia* después de la segunda venida del Señor, cuando todo el mundo le obedecerá a Él y vivirá en un ambiente totalmente distinto, bajo la nueva luz, a saber: bajo la luz de Dios, es decir cuando toda la tierra y toda la creatura se llenen de la ciencia de Dios. Lo que *Raquel* personifica precisamente

12. En distintas traducciones de la Biblia aquí se dice o delicado, o tierno. En ambos casos el sentido es “*débil*”, “*enfermizo*”.

esa etapa de la creación, se atestigua tanto por el ser mencionada en el Evangelio según Mateo, donde indirectamente se compara con María que la consoló con el nacimiento de Jesucristo (Mt 2), como por la etimología más profunda de su nombre. El mismo, como ya fue indicado, consiste de dos sílabas/raíces: “*Raq*” y “*el*”. Respecto a la segunda raíz notemos de entrada que es “*Él*” hebreo que indica a *Dios*. Y lo que se refiere a la primera raíz – “*Raq*” – procede de “*ruah*” hebreo que significa “*espíritu*”. Así que al juntar las dos raíces tenemos “*Espíritu de Dios*”. Ese nombre tanto por su significado como por su son es casi idéntico al nombre *Israel* (*Is- ha-el*) sin la primera sílaba/raíz. Así se destaca el matrimonio casto, no carnal que se encuentra en la base de la Vida perdida por la humanidad, pero la que debe reestablecerse. En realidad es el matrimonio entre Dios y el hombre. Este matrimonio no tiene nada que ver con el matrimonio carnal, ni con la genealogía carnal, ni con la patria carnal por los cuales se define sólo el hombre-pecador que se alejó de Dios, es decir, aquel, quién *mientras habita en el cuerpo, vive lejos del Señor*. (2 Cor 5: 6) Pero lo cierto es que tanto la genealogía del hombre como su patria son espirituales y se adivinan a través de la fe. Precisamente a esto se refería el apóstol Pablo, al hablar de los tres forasteros en la tierra – de Abrahán, Isaac y Jacob, quienes no buscaron aquí ni una ciudad para sí mismos, ni una patria:

“En la fe murieron todos ellos, sin haber conseguido el objeto de las promesas: viéndolas y saludándolas desde lejos y confesándose extraños y forasteros sobre la tierra. Los que tal dicen, claramente dan a entender que van en busca de una patria; pues si hubiesen pensado en la tierra de la que habían salido, habrían tenido ocasión de retornar a ella. Más bien aspiran a una mejor, a la celestial. Por eso Dios no se avergüenza de ellos, de ser llamado Dios suyo, pues les tiene preparada una ciudad... Por la fe, Abraham, sometido a la prueba, presentó a Isaac como ofrenda, y el que había recibido las promesas, ofrecía a su unigénito, respecto del cual se le había dicho: Por Isaac tendrás descendencia. Pensaba que poderoso era Dios aun para resucitar de entre los muertos. Por eso lo recobró para que Isaac fuera también figura.” (Hb 11: 13-19)

- en el presagio de la resurrección de Jesucristo

Resumen

Entonces, después de considerar a cada uno de esos tres representantes de la “trinidad” del Antiguo Testamento, podemos hacer la siguiente conclusión: Abrahán (el padre) sacrifica a Isaac (su hijo) en el nombre de Dios sabiendo que Dios lo reanimaría, mientras que el hijo resucitado engendra a Jacob (la Iglesia del padre a base del Espíritu Santo). Así que en las figuras de Abrahán, Isaac y Jacob vemos un presagio del concepto de *Dios uno en tres personas*: de Dios Padre, de Dios Hijo y de Dios Espíritu Santo del Nuevo Testamento. Por eso, como vemos, no es casual que Dios del Antiguo Testamento ordene recordarlo como Dios de tres patriarcas: Dios de Abrahán, Dios de Isaac y Dios de Jacob. El verdadero sentido de esta triada se nos revela sólo por Jesucristo del Nuevo Testamento.

Efectivamente, al profundizarnos en el sentido de las diversas parábolas bíblicas invariablemente descubrimos lo mismo: la esencia del hombre Divino (de Dios revelado) y de la Tierra de Dios. Jesucristo Mismo lo confirma diciendo:

“Vosotros investigáis las escrituras, ya que creéis tener en ellas vida eterna; ellas son las que dan testimonio de mí” (Jn 5: 39)

Todas las observaciones presentadas muestran que a los héroes bíblicos no se puede medir por el mismo medidor, por el cual medimos unos a otros en esta tierra, pues todos los relatos de la Sagrada Escritura representan criptogramas que se descifran sólo si uno

los lee objetivamente, sin algún apego a su raza carnal, ya que la concepción racial o literal del texto y antes de todo del concepto *Israel*, lleva inevitablemente a la transformación del pan celestial al pan terrenal y genera detestables para Dios oposiciones y enemistades entre los hombres y los pueblos que llevan a la humanidad hacia innumerables confusiones y desgracias, pues en este caso la humanidad no se orienta en lo eterno, sino en lo temporal, y siendo nacida para la eternidad hace el trabajo de Sísifo en vano esforzándose para transformar lo temporal en lo eterno con sus propios medios.

Así, tampoco a Abrahán se puede entender como al padre de una raza carnal, pues en la carne que desintegra en polvo, nada puede bendecirse. Bendita es sólo la Palabra, o bendito es el nombre dado por Dios que se iguala a la creación del alma, ya que Dios crea con la Palabra y es Palabra formada por el Espíritu Santo. Por eso muchos enigmas bíblicos referidos a un asunto determinado o a un hombre determinado se resuelven por el sentido no alterado del nombre que llevan, es decir, espiritualmente. **En otros términos, Abrahán representa al hombre “casado” con el Espíritu Santo lo que se revela por su dedicación total - con toda su razón y con todo su corazón - al Espíritu Santo de Dios y no a su propio bienestar en la tierra. Y por eso su verdadera descendencia es la espiritual, es decir, la representan solo aquellos, en quienes vive el Espíritu Santo de Dios. Ellos y sólo ellos se llaman *hebreos o israelitas bíblicos*, sin ninguna dependencia de su raza carnal. También ellos son la verdadera Iglesia de Jesús y el verdadero Israel**, los que se revelarán después de la segunda venida de Jesucristo, cuando el resto de la humanidad libremente reconozca su pertenencia al Creador del universo espiritual y material y se llene del Espíritu Santo.

Y por eso es un error reducir el concepto global de *Israel* como del *Reino de los justos* a la dimensión de algún pueblo terrenal (aunque todos los pueblos lo pretendan), pues *en el sentido bíblico* el concepto abarca toda la creación de Dios en su aspecto terminado, que es espiritual. Este universalismo de la noción bíblica de *Israel* el profeta Baruc expresó de la siguiente manera:

“¡Oh Israel, qué grande es la casa de Dios, qué vasto el lugar de su dominio! Grande es y sin límites, excelso y sin medida.” (Baruc 3: 24-25) -

como toda la Creación Divina (no engendrada por los hombres) en su representación del nuevo cielo y de la nueva tierra, donde vivirá el hombre verdadero que haya sacado los vestidos de la muerte y su alma desnudada haya vestido de las vestiduras de la Vida que no se envejecen y no se rompen, pues son eternas.